

*Pensar la política
como cuestión subjetiva*

MÓNICA CERUTTI

Docente en la Universidad de Lomas de Zamora, y Facultad de Psicología de la UBA. Ex-docente de la UNCo. Doctora en Filosofía y Psicoanalista. Ha trabajado en los últimos años en la cuestión del sujeto y la subjetividad intentando pensar los efectos del psicoanálisis en la cultura. Recientemente ha publicado el libro *Al estilo de Michel Foucault: un sujeto comprometido con su tiempo*.

En los tiempos que vivimos se hace necesario ubicarnos en el nuevo escenario que nos impone, no sólo la globalización, sino la crisis de las categorías con que se pensaba la política en nuestro pasado reciente. Por ello, me parece fundamental hacer 'un alto en el camino' para revisar cómo pensamos y hacemos política hoy, de modo que podamos establecer algunas diferencias con el pasado -para no repetir los mismos errores, de ser posible. Mi posición supone que esta tarea puede ser llevada a cabo haciendo uso de las producciones teóricas de los últimos años, específicamente desde el psicoanálisis lacaniano, cuyas herramientas conceptuales permiten situar en su complejidad las características de la subjetividad humana, articuladas en torno al sujeto del Inconsciente, sujeto paradójico de deseo y de goce.⁽¹⁾

El fracaso de los movimientos que intentaron transformar las sociedades latinoamericanas en los últimos años no puede ser sólo leído a la luz de las políticas represivas de los mismos, sino también a la luz del fracaso de las teorías que los sostenían, principalmente del marxismo como teoría de la revolución y del sujeto revolucionario. De hecho el marxismo no sólo ha sido disuelto por la crítica posmoderna, sino también por aquellos que resisten y que han dejado de sostener sus planteamientos de cambio en sus conceptualizaciones. Podríamos decir que en América Latina nos hemos quedado 'sin teoría para la revolución', lo cual ha generado desconcierto, y la sensación, por momentos, de que no quedaba más que aceptar el presente como ineluctable. Pero el presente nos trae no sólo la crisis de las teorías para pensar el cambio, sino también la posibilidad de pensarlo de otro modo, desde el lugar que se instaura cuando se pierde la seguridad de que el cambio vendrá, de que sucederá porque así está escrito. En ese sentido se han perdido, por suerte, las certezas. Si la historia tiene sentido es ese que le imprimen los sujetos que la escriben, y esto supone otro tipo de esperanza que nos implica. Podemos no sentirnos convocados allí pero el sujeto de la historia ya no es el Otro que se

sabe a sí mismo, y del que seríamos objeto, sino que somos, o podemos serlo, nosotros mismos.⁽²⁾

En este presente vivimos el aumento de la pobreza, la explosión de la violencia, el descrédito de la política y de los políticos, la desconfianza en la democracia porque ésta se presenta como una palabra vacía, el abismo entre el Primer Mundo y nosotros, la aparición del Cuarto Mundo como denominan los sociólogos norteamericanos a los cordones de pobreza irrecuperable (?!!) en las grandes ciudades del Primero, y sorprendentemente, un apoyo inesperado por parte de aquellos que se ven más claramente perjudicados por las políticas de ajuste, a esas mismas políticas que podemos calificar sin miedo de genocidas. Por momentos pareciera cierto que no hay alternativas de cambio, que sólo hay neoliberalismo, que sólo podemos esperar más de lo mismo. O en su defecto, administraciones más o menos exitosas de lo que queda. Sin exagerar, la situación se presenta como desoladora. El deterioro de la educación, el reinado impune de la corrupción, la mentira despiadada acerca de la importancia del respeto de las leyes del mercado que son incesantemente violadas por los poderosos, la desocupación creciente, la obligación de aceptar salarios de hambre, haciendo trabajos que a uno no le gustan y en condiciones deplorables, la fiesta permanente de los ricos en ciudades y pueblos cada vez más alienados por la televisión internacionalizada, la destrucción del Estado, la inexistencia de futuro para los jóvenes, el aumento de los jugosos negocios para los narcotraficantes, la droga como alternativa de huida y de sostén, los fundamentalismos, el daño a la naturaleza, la desnutrición infantil, y en fin, todo el recuento de las miserias que se han ido agudizando en los últimos años, junto a la falta de recetas para cambiar la situación, presentan un clima sombrío.

La globalización, panacea de nuestra era, está mostrando cada día más claramente su impiedad. Pero, a la vez hay una racionalidad en crisis, es en este espacio donde nos queremos situar, para instalar algunos temas, para pensar. Porque también por momentos se nos hace difícil pensar. O no tenemos tiempo o no sabe-

mos cómo hacerlo. Y el clima de agobio se intensifica por la falta de alguna fisura por donde introducirnos.

No es esto lo único que nos sucede, también hay algunas luces que se encienden en el camino. Pero, ¿son débiles aún, o parecen débiles porque las estamos pensando con viejas categorías?

Estoy intentando pintar el cuadro de lo que nos sucede por momentos, desde la sociedad civil, desde la gente común que somos, desde la soledad que se siente cuando uno ya no cree en las respuestas fáciles y absolutas, desde el desconcierto y la angustia ante el presente en el cual constatamos que en muchos sentidos nos han quitado el futuro, o que no sabemos qué hacer, o a dónde ir, o qué esperar, o con qué ilusionarnos aunque sea un poco. No es mi intención deprimirlos, al contrario, lo que quiero es expresar lo que muchos sentimos, porque de nada sirve negar la realidad. Sólo desde hacernos cargo de lo que nos sucede, podremos modificar en algo la situación. De lo contrario la alternativa es creer en soluciones mágicas, o apostar desde la desesperación, a la violencia, o alegrarnos maníacamente haciendo como que lo que nos sucede, no nos sucede, lo cual es más grave aún porque nos deja sin salida.

Si hay un sentimiento que reina en nuestros países, es la tristeza, unida al estupor ante el cinismo de los 'dobles discursos' de los gobernantes.⁽³⁾ Aquí quiero reflexionar sobre tres cuestiones: Primera: ¿qué se quiere decir cuando se habla de dobles discursos? En principio se apunta a que son discursos que niegan la realidad, pero dicho desde el supuesto de que existiría algún discurso que pudiera representarla tal como es; y que sería el discurso verdadero, que entonces sería negado. Desde esta perspectiva se considera a la verdad como una totalidad, como si se pudiera decir la toda, lo cual es un serio inconveniente teórico. Por otro lado no es cierto que en los discursos actuales se niegue la realidad, al contrario, y esto es lo perverso de estos discursos, generalmente en ellos se la reconoce y a la vez se la desconoce. En ello radica el cinismo contemporáneo que aplasta y desconcierta. Por último pareciera que la cuestión es más compleja y más peligrosa

porque lo que se está negando es la posibilidad misma de hacer discurso, entendido como lazo social entre sujetos, en tanto se reniega de la falta fundamental en torno a la cual se articula la red simbólica.

Frente al cinismo que opta por la máscara, a pesar de saber de la distancia entre ésta y la realidad social, de saber que tras su pretensión de universalidad se esconde un concreto interés particular, hay quienes postulan un modo pragmático de rechazo de esta cultura dominante;⁽⁴⁾ poniendo en evidencia desde dónde se enuncian las grandilocuentes frases patrióticas por ej. de los políticos actuales, confrontándolas con los intereses particulares 'ocultos' de esos mismos políticos, mostrando sin grandes argumentaciones teóricas justamente su cinismo. El problema es que a los amos actuales no les interesa ser tomados en serio, sus teorizaciones son sólo un medio de manipulación, instrumento de dominio que no está sustentado en ningún valor de verdad, sino en la violencia y en la «promesa de ganancia».⁽⁵⁾

Tercera cuestión: la tristeza, como sentimiento, ¿es por lo que se pierde día a día?, ¿por lo que se perdió?, ¿por la impotencia que genera esta realidad amenazante? Si es así, surge como efecto de examinar la realidad y puede ser el apronte para actuar sobre ella. Pero, cómo transformar la impotencia en imposibilidad?. No es fácil, pero se hace imprescindible. No podemos instalarnos en el recuerdo de que todo tiempo pasado finalmente fue mejor, aliento de la melancolía, suelo fértil para el surgimiento de cualquier versión de fundamentalismo, ni tampoco creer en la ilusión de que todo cambiará, porque aunque tengamos esperanza, la pobreza, la marginación, la desocupación, y muchas consecuencias más de la globalización parecen haber llegado para quedarse, pero además, porque el cambio total fue siempre una ilusión.

Las soluciones o las alternativas, no están muy claras para nadie. Todas las tareas que se nos presentan implican lentitud, paciencia, coraje, decisión, ganas de seguir adelante que hay que realimentar cada día... sacando fuerzas de donde a veces parece que ya no hay. Se impone resistir y -se «deberían dar premios de resistencia» por ser latinoamericano-, como

dice un poeta salvadoreño; resistir mientras tanto. ¿Mientras tanto qué? ¿Qué supone el mientras tanto? A veces parece tarea para los más aptos de la especie, porque no lo neguemos, el más terrible genocidio acontece alrededor, ¿cómo soportarlo sin sostenerlo? ¿Cómo tener esperanzas si a la vez tenemos que aceptar que debemos convivir con él diariamente? ¿Cómo tener fuerzas si se nos presenta que hay que luchar palmo a palmo por sobrevivir? Se nos han caído los ideales, y los que se nos presentan como únicos, los del Mercado, implican algún modo de muerte y a la vez la negación de lo real de la muerte. El tiempo eterno de la vida detenida para lograr el éxito rápido, la belleza perenne, el disfrute de la libertad individual absurda de estar permanentemente enganchados en el cable, o en la fiesta que nos regala la tecnología informática, o en mirar, como si fuera propio, el modo como se divierten los cada vez más ricos y famosos que, o nos indigna, o nos atonta. Se nos propone el entretenimiento, mientras esperamos serenos y confiados en el progreso inexorable, cuando la riqueza 'chorree' desde los estratos más altos hacia abajo!!!. Cuando, en realidad ya hemos advertido que esto no sucederá. Y cuando mientras tanto, es la vida, la única que tenemos.

En esta noche negra del adormecimiento pareciera que sólo nos quedan los sueños. ¿Pero cuáles sueños? ¿Hay Un sueño? ¿En qué pueden consistir nuestros sueños hoy? ¿Tenemos algún sueño en común? ¿Por qué soñar, para qué? ¿Es obligación? ¿Cómo ficcionar algo que nos permita romper el cerco de la virtualidad imbecilizante en la que parecemos atrapados?

No tengo «la» respuesta a estos interrogantes que no sólo me y los hago, sino que se los he escuchado a quienes sueñan con un futuro, con una vida mejor y que resisten. No creo en las respuestas fáciles, y se que no hay recetas, pero hay algunas cosas que hacer, algunas que decir y algunas para seguir pensando, mientras tanto.

Creo que los sueños que podemos tener son esos que sólo aparecen cuando uno se enfrentó al sin-sentido de la vida y de la historia. Los que surgen de la prepotencia de proponer-

los, habiendo renunciado a otros. Desde el cansancio de ser un actor o un espectador impotente de una obra de teatro ajena, escrita por Otro, en otra parte, para 'esos' actores. Hartos del sainete escrito por aquellos supuestos «autores» que decretándose sujetos de la historia decidieron que la historia llegó a su fin, que la miseria es natural y necesaria, y que sólo queda aprender a vivir en ella o convivir con ella, hasta que lleguen los tiempos mágicos futuros y mentirosos en que será aliviada. Promesa de aquellos que impusieron sus sueños, sus ficciones, y que no son los míos, ni los nuestros. Pero, ¿qué hacer?.

Una alternativa es decir basta con la única seguridad que da el hartazgo, y empezar a caminar otros caminos. No hay certezas, no hay 'el camino', hay caminos a transitar si uno así elije y decide, y que hay que hacerlos al andar, sin Saber a dónde vamos, ni si habrá meta final, pero apostando allí para abrir espacios. El paraíso que creíamos está perdido, no hay paraísos ni nunca los hubo ni habrá, y los efectos de aceptar esta pérdida son lo único que tenemos como sujetos sujetados a lo real como imposible totalidad. A no ser, que queramos creer que lo que nos propone Internet o las máquinas de realidad virtual, por ejemplo, lo son, o inventarnos otro nuevo paraíso como trampa. «La imposibilidad de lo real es su radical imprevisibilidad: no podría instalarse en el mundo allí donde se despliega el dominio de lo posible».(6)

Pero tampoco nos queda aceptar el infierno. Porque tampoco hay el infierno, aunque a veces lo parezca. Hay la vida, con su dificultosa levedad y fragilidad; que no es en sí, que no nos viene dada, sino que hay que ganársela viviéndola como propia y no de prestado, y esto nos interpela como sujetos.

Los 'dioses' que gozan con lo robado existen, porque hay quienes gozan, sin saberlo, dejándose robar, la vida, los sueños, sus empresas públicas, el Estado como regulador, la calidad de vida, la solidaridad, la legalidad, el trabajo, la dignidad, el presente y el futuro. El sometimiento no es ajeno a la condición humana, ¿por qué pensarlo como si lo fuera?. Pero el sometimiento es, hasta que se despierta del sueño ajeno y se descubre que hay otras alter-

nativas, que son inciertas, pero que son las de uno. Sólo desde esta convicción subjetiva se puede actuar como sujeto, aunque se esté sujeto a una libertad no-toda, a lo paradójal de la condición humana.(7)

Habrá que renunciar a la revolución total, a la toma del poder, a la pretensión de la verdad única, para poder crear, modelar y apostar a otros sueños. Habrá que renunciar al paraíso, ilusión de empezar a vivir mañana cuando están dadas las condiciones necesarias, para empezar a vivir hoy. Habrá que renunciar a los absolutismos que sostienen los fundamentalismos en cualquiera de sus variantes, y cuidarse mucho de ellos porque nadie está exento. Habrá que surgir allí y decir la propia palabra. Y aceptar y soportar la diversidad. Y los límites. La muerte de las certezas no implica el 'genocidio de las criaturas humanas'. «Y hay mucho más que hacer para hacer de la libertad una cuestión estratégica», una cuestión subjetiva. Los muros y las cadenas no están sólo 'afuera', están también en nosotros. Son los muros y las cadenas que imaginamos ciertas, y que solidificamos con nuestras certezas. Nunca hay sólo una alternativa, esa es la trampa de lo imaginario que tan astutamente ha sabido manipular el neoliberalismo, anestesiando con su versión, mientras opera salvajemente sobre sujetos capturados. Pero también fue la trampa del marxismo, que prometió un mundo sin fisuras, que inexorablemente vendría, si nos comportábamos como decía el marxismo. Si teníamos fe, !!!!! en las leyes de la historia. Sólo del duelo por la pérdida de esa seguridad y aceptando que la verdad no es total nunca, pueden emerger nuevos sueños, nuevas alternativas, nunca definitivas, nunca acabadas, nunca las únicas, siempre complejas y costosas. Pero la pérdida de la seguridad y las certezas no implican la aceptación del no-saber absoluto. Porque algo sabemos, y esto es muy valioso, sabemos por dónde no ir. A qué decir No. Por dónde viene más de lo mismo. Que no se nos acuse de estar promoviendo la nada de los posmodernos, la oscuridad sin límites contracara de la luz moderna que todo lo ilumina, en su nueva versión. Estamos pensando en el vacío. Vacío de ser y de sentido, vacío que es efecto de la función

de la palabra y que abre a la dimensión de la verdad como aquello que pone límite al saber que sostiene la repetición de lo mismo, abriendo a la producción de saber. Un saber propio, un saber otro, un saber subjetivado, un saber de la diferencia. Que será incompleto e incabado, pero eficaz en tanto produce efectos, efectos de verdad, efectos de sujeto, nuevas ficciones.

Siguiendo este modo de pensar, creo que en América Latina y el Caribe, nuevas expectativas se empezaron a abrigar a la luz de la emergencia del zapatismo, que surgió como un No, pronunciado por quienes posicionándose como sujetos, enunciaron la existencia real de lo que el neoliberalismo pretende negar. Ese No fisuró el cristal de las evidencias que parecían hasta allí incommovibles, y plantó la bandera de la esperanza a partir de tomar la palabra diciendo: ya basta!!!.

Lo interesante de su planteo es que no se proponen la toma del poder, pero sí hacen uso del poder de la palabra y hablan, lo que no es poca cosa, porque decir es hacer ya. Aunque no alcance.

Los zapatistas tomaron la palabra erigiéndose como sujetos que tienen voz, su propia voz, no dejando, que se los hable, ni que se hable por ellos, con las limitaciones que esto siempre conlleva. Desde el silencio rompieron con el sentido único dado a la historia por los amos neoliberales y se atrevieron a no responder a su demanda. Rompieron con la evidencia de que hay UN sentido, el sentido establecido, lo que posibilita que aparezcan otros, varios, sostenidos en el deseo. Parece que de eso se trata.

Hicieron escuchar su palabra desde La Realidad, desde la 'otra escena' que advino así a escena. Ahora no hay cómo negarla, o eludirla, algo hay que hacer con eso. Y la sociedad civil mexicana comenzó a pensar qué hacer y según parece se están haciendo cargo de darle otro sentido a la democracia, un sentido para ellos como sujetos. Y esto como efecto de que hubo quienes allí se posicionaron como tales más allá de toda evidencia, e hicieron sentir su voz. No hay que ser zapatista para hacer lo mismo: tomar la palabra y hacerse sentir. Pareciera que por allí va la cosa. No es cues-

tión de imitar, pero sí de pensar y dejarse afectar por esa palabra enunciada. Para recuperar la palabra propia que está siendo enajenada. Para dejar de creer, como antes, que decir no es hacer. No hacer es hablar sin decir nada. Es repetir lo mismo que se dice porque es lo único que se puede decir, afirmándolo o en un comentario interminable de quejas que no inciden, porque sólo se habla de lo que se espera. Palabra vacía que ensordece tanto como la imagen infinitamente multiplicada de la estupidez. Palabra gozosa con la que sólo se acepta lo que sucede, sin querer saber nada de lo que sucede. Decir, es irrumpir allí sorpresivamente con lo inesperado, con una verdad que quiebra y fisura el supuesto saber del Mercado y sus mercaderes que Todo lo saben, decir es enunciar en el vacío, sin la garantía del éxito, ni con la propuesta clara y precisa. Hablar sin decir es esperar la muerte calladamente. Soportando con más ruido el ruido ensordecedor de la supuesta Verdad del Amo, nada más. Ni nada menos.

Una de las herramientas de cambio que nos han sido expropiadas es justamente la de la palabra, y los zapatistas nos lo recordaron, creo que ese ha sido el efecto más importante de su emergencia y del cual se puede esperar consecuencias. En este sentido su aparición instauró un antes y un después, cobrando valor de acto, allí donde sólo había lo posible. Retomar la palabra, es mucho más importante de lo que creemos y es hacer algo, algo que podemos hacer, si nos posicionamos ajenos a las certezas de antaño que nos obligaban a saber. El caminante hace camino al andar, y no llega nunca a la tierra prometida. Pero sí a algún lugar mejor, que va siendo mientras es. Renunciando a la plenitud imposible, pero no a habitar su propia casa, la del lenguaje, que no sólo introduce incompletud, sino también el tiempo, lo real del tiempo, efecto de lo simbólico.

Me parece necesario no dejarse expropiar tampoco el tiempo, porque el mientras tanto, de que venimos hablando, es en realidad el único tiempo que tenemos. Mañana, no sabemos. Y para que hubiere mañana tiene que haber un cierto hoy. Y hoy hay exclusión, detenimiento del tiempo imaginariamente, promesa de completud y eternidad que

impotentizan, anulación de la subjetividad, robo de nuestra palabra, aquella que nos permite inventar, compartir, coincidir, surgir, ser allí en ella, y fundamentalmente limitar, acotar, desmitificar. Que nuestra palabra diga ahora, para desde allí empezar a decir de otro modo, desde otro lugar, apropiándonos del tiempo que es nuestro, y que no es el de la urgencia, aunque haya urgencias que hay que atender ya. Pero nuestras urgencias, no las impuestas por las pretendidas leyes universales del mercado que como Todo lo Sabe, todo lo puede dictaminar, aún el fin del tiempo. Anulado el tiempo, lo real del tiempo que introduce el sinsentido, el no saber, el tiempo perdido, el que se pierde inexorablemente, se nos anula también como sujetos. Quedando a su merced, como meros objetos descartables. El tiempo, es él mientras tanto que es nuestro, no el que se nos impone. El tiempo impone sus límites y por eso el mientras tanto es lo único que tenemos. Perdamos el tiempo diciendo nuestra verdad, no hablando, porque ese es el tiempo idiota del puro presente eternizado que se nos quiere vender como la última creación del mercado, mientras los supuestos dueños del tiempo nos someten al sinsentido absoluto, a la nada, al vacío fetichizado, llenado rápida e incesantemente por una multitud de urgencias que hay que satisfacer y que nos dejan sin tiempo para pensar, para resolver, para producir, para desear. Se nos anula como sujetos, expulsándonos al paraíso prometido del individuo, siervo actual que se entretiene mientras tanto los amos deciden su vida porque saben. Y saben porque se sostienen en el poder de la ciencia, de la ciencia económica, de la ciencia social, de la ciencia política, de la ciencia médica, que les dicta La Verdad, absoluta flecha señera que les indica el único sentido posible.

En los últimos tiempos también los franceses al salir a la calle a defender lo que decidieron que es de ellos, contra toda argumentación en contrario de los tecnócratas de la economía, pusieron en juego su verdad. Lo que puso límites a la supuesta verdad de los Amos capitalistas, que se caracterizan por rechazarla. «Lo verdadero y lo falso pertenecen al registro de un régimen político de la verdad», de aquello que desde algún poder se propone

como verdadero. No será que hay que pensar que se tiene el poder de construir la propia verdad, ya que La verdad está perdida como tal para los seres humanos?. La verdad que es singular, es una construcción y por tanto es tan poderosa como la de otros. Y desde ella se incide, ficcionando para producir efectos, no El efecto.

Hoy por hoy en nuestros países, quienes realizan algún tipo de trabajo social y político, se angustian pensando que hay que encontrarle necesariamente el sentido a sus luchas, a su resistencia, que hay que salir de la fragmentación de la multiplicidad de luchas, pensadas como pequeñas luchas, para unificarlas, dándoles una dirección común, algo que las unifique. Lamento disentir en ese punto. Creo que eso es estar presos de las categorías de la modernidad, no creo que haya que darles un sentido único, menos aún unificarlas haciéndoles perder su diversidad, dándoles consistencia en un proyecto común. Creo que lo enriquecedor del presente es justamente esa diversidad y esa fragmentación imposible de reunir en uno, menos en un proyecto asentado en un saber de la historia. El sentido se puede construir desde esa misma multiplicidad, viendo en qué se coincide y proponiendo en qué coincidir. El sentido no puede ser un corset previo que nos marque el camino seguro, modo defensivo de calmar la angustia del no saber. Por el contrario, la apuesta no es ni puede ser navegar sin brújula, y ésta supone que haya espacio para el malestar que mantiene las diferencias que no es lo mismo que apostar al malestar. Lo que hoy reina es exceso de malestar que elimina las diferencias y a las criaturas humanas, conviviendo con la ilusión de haber eliminado definitivamente todo malestar. El malestar productivo tiene siempre sus límites, borrosos, imprecisos, móviles, pero siempre limitado. Ni el exceso ni el grado cero. Es una cuestión ética, mantener el límite como existente. En él se juega la posibilidad de supervivencia de los sujetos humanos y de la diferencia que nos constituye.

Mal que nos pese, hay pulsión de muerte, experiencia simplemente del «dolor de existir», dice Lacan, que siempre intenta ir más allá rompiendo todos los límites, en el intento de

recuperar un goce absoluto supuestamente perdido. Si el ser humano es ser de deseo, mantener el límite se hace imprescindible, urgente, necesario. Hace falta poner límite a la falta de falta, que detiene la angustia productiva abriendo camino a las pasiones irreductibles, y a la melancolía o a la manía. El goce absoluto es una pasión humana que se encarna en los fundamentalismos sean éstos los que sean, no poder ceder a la ilusión de completud, es muy peligroso para la subsistencia de la especie. Y por ello los tiempos actuales requieren firmeza y moderación a la vez. Por esto no es poco apostar por conseguir una democracia efectiva, no el fantoche de esta palabra vacía, sino a otra que signifique algo para la mayoría y no para unos pocos amos que ni siquiera gozan con lo robado porque siempre quieren más. El sentido común nos hace creer que el Amo es feliz, porque ha logrado todo, porque sabe además cómo hacerlo, lo cual nos posiciona en lugar de objetos, absolutamente sujetados, impotentizados, hasta que seamos como él, hasta que estemos en su lugar, hasta que hayamos obtenido su poder. Con lo cual sostenemos su potencia y nos hacemos cómplices del sujetamiento. No hay la pura consistencia más que en el registro imaginario. Hay diferencias porque hay inconsistencia y por allí se puede incidir incidiendo. El Otro ni lo sabe ni lo puede Todo. Porque no hay Todo, ni Todo es posible.

En todo caso me parece importante desde pensar la política como cuestión subjetiva, hacernos cargo de que si hay pulsión de muerte hay placer en el displacer, hay satisfacción en el dolor, y hay una tendencia humana a la desmesura, a la invención de paraísos, o de infiernos, como efecto de lo pulsional, de lo cual hay que estar advertidos. Es muy importante hoy más que antes, introducir la medida, la paciencia activa, la racionalidad no-toda que implica el límite, que apuesta en el límite transgrediéndolo pero no borrándolo, que no compra ni vende las urgencias de totalidades infecundas. Estoy tratando de delimitar lo paradójico de la condición humana, de la que hoy podemos hacernos cargo y que nos distancia de los relatos humanistas del pasado que nos llamaban a salvar al Hombre, sin por esto

dejar de apostar fuertemente a un nuevo humanismo que implica la supervivencia de la especie, que por el camino que vamos estaría en peligro de extinción. Acotar, poner límites a los absolutismos tan propios de los humanos, es tarea urgente, y requiere lucidez y coraje, pero también pensar de otro modo con la modestia de las pasiones verdaderas. Esas que implican a los sujetos y la subjetividad y que sólo son en el espacio complejo de un mundo pensado como totalidad abierta a las diferencias existentes y por venir. Un mundo en el que haya espacio para todos, cuya condición es no pretender anular los matices, las diferencias, porque con ellas eliminamos a los distintos, esos que desde el ideal de una humanidad sin fisuras, buena, perfecta y sin maldad, fue la ilusión del humanismo moderno que llamó y llama al asesinato en nombre de Un Ideal de hombre. Sí creo que nos tenemos que 'salvar' como humanidad de algo, pero nos implica, y sólo desde el reconocimiento de que el hombre no es uno, que no es bueno o malo por esencia sino siempre ambas cosas, de que las diferencias son ineliminables porque nos constituyen, sólo con esta convicción podremos seguir la tarea de construirnos un mundo donde quepamos todos. Único mundo en el que podemos soñar y que nos merecemos tener. Si la política tiene que ver con aquello que no se negocia, las diferencias, como efecto de lo real imposible son lo más importante a tener en cuenta, porque nos sostienen.

La crisis de la racionalidad que implica la pérdida de la certidumbre y la seguridad, nos conduce a pensar distinto lo que está sucediendo. No hay el Todo, porque todo no es posible, pero si hay algunos mundos posibles, no hay el progreso inexorable, pero no por ello hay que aceptar la regresión a que se nos somete, no hay «el Bien», pero sí lo bueno y lo mejor a estimar en cada caso, porque hay ética y ésta se sostiene en el deseo como bien, no hay «la libertad», pero lo paradójico de la condición humana, sometida al deseo y al goce implica la posibilidad de actos libres, no hay lo único porque hay lo consistentemente inconsistente del todo y por eso cualquier identidad es siempre abierta, el sujeto humano no está condenado a la alienación tampoco es sin el Otro. Se nos

presentan así nuevas categorías de pensamiento que disuelven los substancialismos y que nos permiten pensar de otro modo.

A la vez, vivimos una época donde retornan diversos modos de esencialismo que suponen haber capturado el Todo. Desde allí se intenta convertir el deseo en necesidad, diciendo que se sabe lo que los sujetos necesitan. Así se aplasta al deseo con una demanda, la del Mercado, que exige imponiendo su saber excluyente. Se multiplican los fetiches vendidos como objetos que colmarían el deseo, pretendiendo universalizar el goce y su plus. Las necesidades humanas no se pueden tipificar porque son muy complejas, porque están tramadas en una red significativa que las mediatiza. Y por tanto no tienen un objeto que las satisfaga. Lo cual no quiere decir que no haya necesidades reales a satisfacer. Pero es importante tener en cuenta que por el modo de estructuración de la subjetividad existe la necesidad de ser amado, de luchar por el reconocimiento y también de disfrutar del mal, de sentir placer en el dolor, el goce es singular y se distingue del placer. La necesidad es «la marca de la falta del objeto del deseo» y por tanto siempre puede haber algo más que se constituya como 'necesario', lo cual indica que los sujetos pueden ser fácilmente manipulados por la demanda del Otro que le dice, porque sabe, cuáles son sus necesidades. Me parece importante estar advertidos de esto, porque introduce una ruptura en el modo de considerar el bienestar en relación a lo humano.

En consecuencia, lo político se ve afectado y entonces, luchar por un mundo para todos, puede ser luchar porque haya vivienda, comida, salud, y educación para todos, pero también puede ser, quizás antes o durante, y mientras tanto, por la música, por el teatro, por el tiempo libre, por la fiesta de la amistad y de la solidaridad, por la palabra propia, por la dignidad de nuestras costumbres diversas, por el derecho a gozar de aquello que uno desea, por nuestro tiempo, por la discusión productiva entre distintos, por las necesidades propias que no tienen que ser iguales a las ajenas. Luchar por un mundo para todos es luchar por la tolerancia-intolerante con aquello que niega radicalmente la diversidad imponiendo bru-

talmente, salvajemente, genocidamente, el feliz reino de lo único, verdadero, seguro, cierto, e impenetrable.

La lucha por un mundo más justo y solidario, no ha culminado, sigue de otros modos, ojalá podamos aprovecharlo. Sólo estaremos a la altura de las circunstancias si somos capaces de soportar lo insoportable de la imposibilidad de la plenitud, si somos intransigentes en mantener la calma, persistiendo en lo importante. Quizás sea posible aún. Si nos convencemos además que no vendrá de otro lado, que no está escrito, que es como siempre una aventura humana, y por ello que está en nuestras

manos, en las de cada uno, con todas las limitaciones que esto conlleva. La esperanza supone un pesimismo activo, no anestésico. Aceptar lo insoportable de la vida, no implica aceptar aquello que suponemos como 'el destino'. El sacrificio no es lo único posible y a ello podemos decir basta. Por este camino podemos transformar la impotencia en imposibilidad. No dejemos que nos roben el tiempo y la palabra, ni caigamos en la trampa de la pureza, ni en la de la inmundicia. Una humanidad para todos se hace indispensable, y habrá sido, según nuestros actos.

Referencias

(1) Alain Jurainville en *Lacan y la filosofía*. Bs.As., Nueva Visión, 1992, pág. 17 indica al respecto que: «La teoría de lo inconsciente, según la propone Lacan en lo que él denomina 'discurso analítico', desemboca en una teoría del 'deseo inconsciente'. Lo cual supone una concepción filosófica del «ser como deseo». (...) «Desear es carecer, pero no absolutamente, es estar en relación con la plenitud» (...) si bien hay deseo, la plenitud es no obstante radical y definitivamente imposible». pág. 20, «De ninguna forma deseo que pasará porque la apropiación del objeto vaya a ser efectuada, sino deseo que permanece sin que el objeto sea alcanzado, a pesar de la falla del objeto. Semejante situación incluye en sí un sinsentido y por lo tanto un mal que podemos llamar radical, ya que no absoluto. Pues el mal absoluto sería no tender de manera alguna hacia el bien, mientras que el deseo subsiste pese a la deficiencia en la apropiación del objeto». Es decir que el «ser del hombre como deseo» implica considerar a ese ser «como orientado a apropiarse de un modo de ser postulado como bien absoluto, pero sin que llegue a efectuarse esa apropiación». Pág.18. Por otra parte lo inconsciente es determinado como aquello que «no podría-ni siquiera a posteriori ser integrado en un mundo. Lo inconsciente caracteriza a cierto tipo de procesos psíquicos capaces de producir fenómenos, comportamientos o pensamientos cuyo sentido no podría ser anticipado.(...) Freud planteó los fenómenos de lo inconsciente como síntomas, y hay aquí algo esencial. El 'síntoma' se señala primero por lo que no guarda conformidad con la norma, con aquello a lo que estamos acostumbrados. Pero más aún anuncia un proceso que pone en tela de juicio la armonía, la cohesión, el orden del mundo. (...) El síntoma es esencialmente el anuncio de un proceso destructor de la armonía del mundo.» Pág. 38.

(2) En este sentido es muy interesante el análisis realizado por Jorge Aleman en su libro *Cuestiones Antifilosóficas en Jacques Lacan*, Bs.As., Atuel, 1993. En el capítulo titulado «Entrevista sobre Marx y el Psicoa-

nálisis» dice: «Una y otra vez, reaparece la idea de que la historia, por sí misma, gestará un nuevo tipo de lazo social entre los seres parlantes. A esta esperanza, en el supuesto Saber de la historia, patente en cierto marxismo y disimulada con astucia en los discursos 'post'(casos donde la historia sabría cómo concluirse a sí misma), Lacan no dudó en llamarla evangelio (...) Se trata de insistir más bien, en que la historia por su propio devenir y sentido, o bien por su posible final no conduciría a destituir al amo y al sacrificio humano que conlleva su oscura autoridad (...) El psicoanálisis hace surgir en la historia un nuevo tipo de responsabilidad: estar ligado a un deseo que implica la inexistencia del Otro». Pág. 31.

(3) En la última Cumbre latinoamericana de mandatarios realizada en Santiago de Chile, el presidente uruguayo dijo: «No podemos dejarnos arrastrar por un pesimismo al cual no nos convoca la realidad», o lo que expresó el presidente argentino quien enfrenta una multiplicidad de denuncias sobre corrupción y acciones populares contra su gobierno, «La ética de la actividad política debe ser la base del sistema democrático, por lo que debe promoverse el prestigio de la política y elevar su calidad, la calidad de la dirigencia y el debate ciudadano». **Página/12**, Domingo 17 de noviembre de 1996, en nota firmada por Osvaldo Bayer. En esta misma nota se apunta que frente a las últimas publicaciones realizadas sobre el problema del hambre en el mundo, con motivo de la Conferencia de Roma sobre Alimentación, el diario conservador alemán Frankfurter Allgemeine Zeitung, tituló: «Todos los años mueren en el mundo diez millones de niños como consecuencia de la desnutrición. Pero a pesar de todo, la situación no es tan mala». (Sic!!!!)

(4) Esta forma 'pragmática' de cuestionamiento del cinismo ha sido llamado kinismo por Peter Sloterdijk en su libro *Crítica de la razón cínica*, citado por Slavoj Žižek, en *El sublime...* asimismo una referencia acerca de las características del cinismo como 'ideología oficial' se encuentra allá. Págs. 55 a 58.

(5) En este sentido son muy esclarecedores los análisis realizados por Slavoj Žižek en *El sublime objeto de la ideología*, México, Siglo XXI, 1989. Donde apunta que: «... en la perspectiva lacaniana, la ideología designa una totalidad que borra las huellas de su propia imposibilidad», a diferencia de la perspectiva marxista que supone a la ideología como «una mirada parcial que pasa por alto la totalidad de las relaciones sociales» pág. 81. También esta cuestión puede ser situada de otro modo a la manera de J. Aleman en «Cuestiones...» quien sostiene que el discurso capitalista rechaza la verdad del discurso, en tanto el agente repudia la determinación que viene de la verdad para pasar a dirigirla, convirtiéndose en una circularidad, donde por haber rechazo de la castración, no hay barrera alguna respecto al goce. «La renuncia a gozar que impone el Superyo a la pulsión es reapropiada por el Superyo. (...) se trata de una perversión del discurso del amo mediante la cual el discurso del capitalista efectúa una reapropiación de goce, que hace que la realidad advenga como fantasma. Dicho de otro modo, el discurso del capitalista es un discurso sin en-vés. (...) El capitalismo, en su emergencia histórica, ha hecho posible, ... que el fantasma del capitalista pueda transformar lo real, posibilidad ésta que el Amo antiguo

jamás hubiera podido cumplir». Págs. 21 y 22.

(6) Alain Juranville, *Lacan y la filosofía*. Bs.As., Nueva Visión, 1992, pág. 71, nota al pie. El texto allí discurre siguiendo a Lacan y a Heidegger sobre lo real como imposible, situado en el vacío que deja la Cosa. Lo real como vacío no apareció nunca, pero deja huellas, el sufrimiento del tiempo puro, lo inanticipable.

(7) Lo paradójal está concebido en relación a la demostración de Gödel acerca de la inexistencia de un sistema lógico completo, si lo es es inconsistente y si es consistente es incompleto, lo cual postula como consecuencia lo paradójal, lo indecidible. Al respecto Juranville en Lacan y... anota: «Se intentó hacer de la ciencia una pura escritura científica, un puro simbolismo, con la idea de que desaparecieran todas las contradicciones. Pero los teoremas de Gödel establecen que la tentativa ha de fracasar: la misma no-contradicción de una teoría tan sólida como la aritmética sigue siendo indecidible». Pág. 251. Lo paradójal de la condición humana nos remite a un ser que es y no es a la vez, es significante y efecto del significante, es goce y deseo y a la vez es placer y pulsión de muerte. Paradoja que delimita un sometimiento y a la vez un espacio para la producción de actos de libertad.